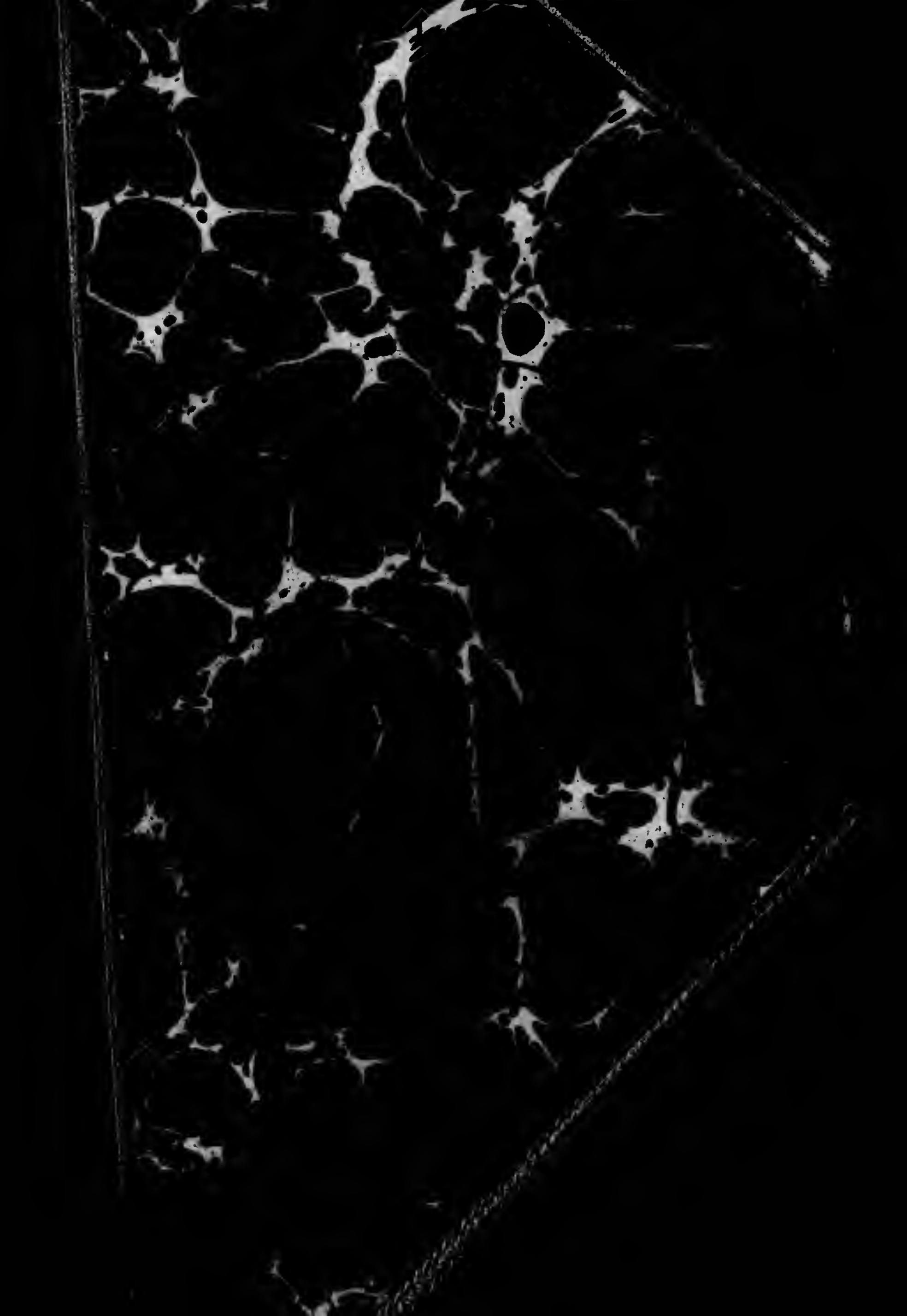


Al Señor Lic Rafael Aguilar y

su afmo

Efrén Rebolledo

México: Nov. 19 de 1910

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Joyeles. *Poesías.*

Estela. *Prosa y verso.*

Rimas Japonesas.

EN PRENSA:

O Tama San. *Poema.*

Hojas de Bambú. *Novela.*



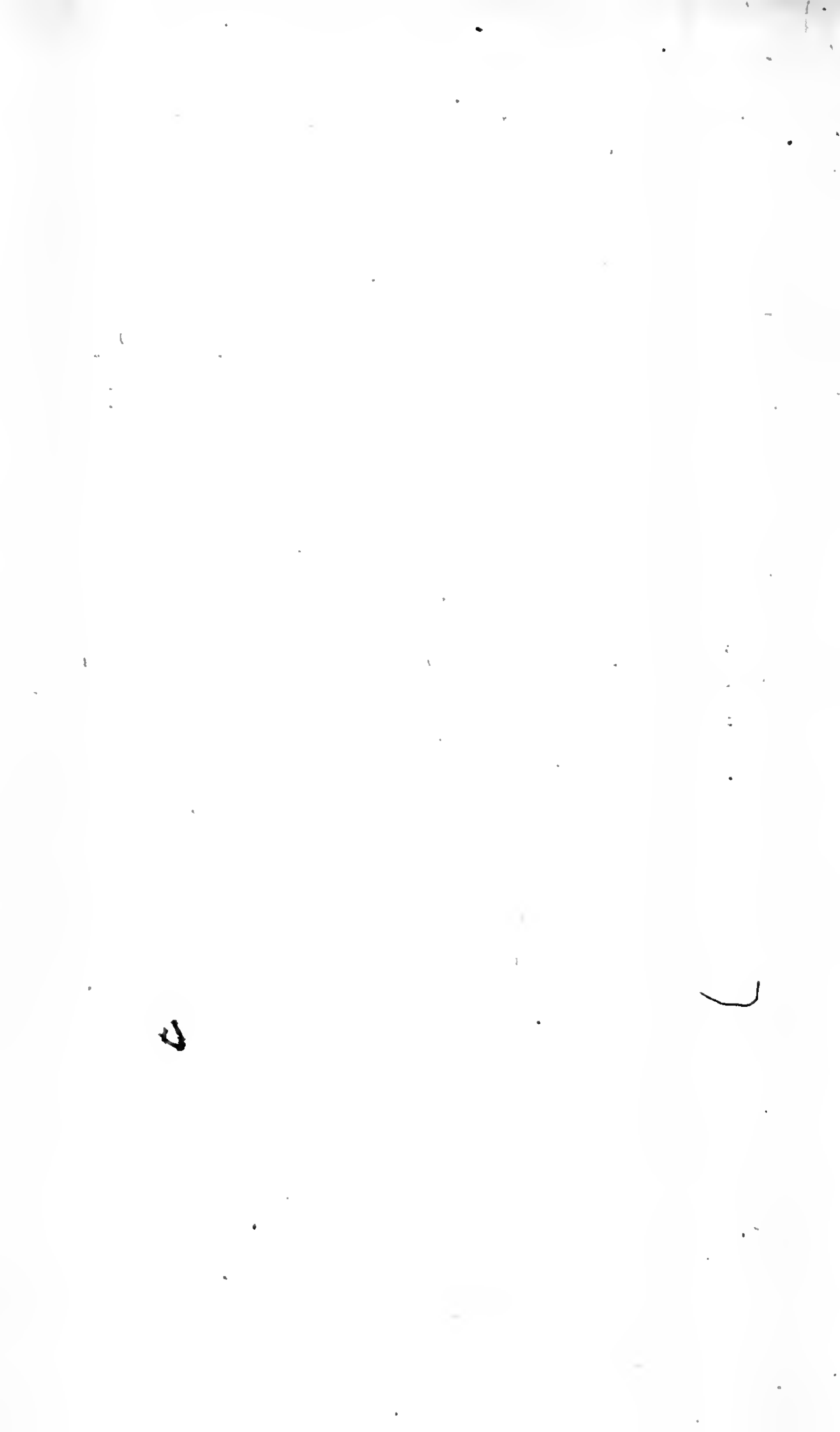
NIKKO.

Tirada de quinientos ejemplares.

EFRÉN REBOLLEDO.

NIKKO

MEXICO
TIP. DE LA VDA. DE F. DIAZ DE LEON, SUCS.
AVENIDA 5 DE MAYO Y 2A. MOTOLINIA.
1910



Al Barón Silvestre de Marchi della Costa y á la Baronesa de Marchi della Costa en recuerdo del verano venturoso pasado en las montañas del Nikko, bajo el continuo encanto de los templos de laca roja, de los cedros, de las cigarras y de las cascadas.

E. R.

I

Así una orquesta de mil jocundos salterios, las gayas cigarras, con sus ríspidas estridulaciones, tañen la sinfonía del verano en la sombra caliente del follaje.

Solitario en el cielo color de turquesa, como el espejo de Amateratsu en el interior de un santuario shintoísta, el sol derrama cálidos rayos de luz que anegan las calles de reverberantes reflejos, y adormecen á los árboles que, borrachos de calor, acallan el susurro gárrulo de sus hojas.

Blancas y azules cortinas, donde las ideogramas danzan, cuelgan en el frente de las minúsculas tiendas, donde tiénense en cucli-

llas, las mujeres desvestidas de la cintura arriba y los hombres velados apenas por ligerísimo taperujo, en tanto que los niños duermen al abrigo de tupidos mosquiteros verdes. Afuera, uno que otro kuruma pasa perezosamente chirriando sobre el menudo recebo, y el tranvía de porfiado tintineo y agrio estridor, rueda sobre los rieles relumbrosos, conduciendo escasos pasajeros vestidos de *yukata*. [1]

El áspero graznido de un cuervo rasga de tiempo en tiempo el silencio ardiente de la siesta.

Fugitivos de la temperatura sofocante de Tokio, quién parte para Kamákura, la afamada capital de Yoritomo, donde difundiendo nirvanesca paz, al aire libre y de cara al océano, sonríe divinamente el gigantesco Amida de bronce; quién se dirige á Dsushi, en cuya pacífica playa viviera la infortunada Namiko;
6 quién opta por Chuzenji, por el cono verdioscuro de su Nantaisán y su zafirino lago, guarnecido de soledosos retiros veraneros.

Sentado en el saloncito de mi casa de papel, donde me abanico furiosamente bregando con el calor, á mí me acosa la imagen de un torrente que ruge sin descanso precipitándose por abrupta roqueda; de unos tem-

---

1. Tela ligera.

plos espléndidos de laca roja que se columbran entre sombrías columnatas de cedros, y de un sonido muy dulce, muy suave, muy velado, de una campana muy sonora, que enfatizando la apacible calma mide el lento curso del tiempo.

El familiar proverbio viene espontáneamente á mis labios:

«Nikko wo minai uchi wa
Keko to iu na.»
«No puede decir magnífico
El que nunca ha visto Nikko.»

Así una orquesta de mil jocundos salterios, las gayas cigarras, con sus ríspidas estridulaciones, tañen la sinfonía del verano en la sombra caliente del follaje.





II

México es un país que, si va á decir verdad, hoy por hoy no tiene muchos negocios en el Imperio del Sol Naciente, y aparejado á esta propicia circunstancia, gozo del supremo bien de la libertad, porque mi jefe, que disfruta de una licencia, hace pocos días alzara velas hacia el terruño.

Señor de mí propio, por ende, he determinado mi viaje desde la víspera, dando órdenes á mi *boy* para que me aderece mi maleta, ocupándome yo mismo en escoger de mi biblioteca unos cuantos libros raros y bien escritos. En espera de que el Señor Bambú me anuncie que el coche está puesto para en-

caminarme á la retirada estación de Uyeno, abanícome sin tregua con la liviana raqueta de bambú donde sonríe una musmé de ojos oblícuos, ó me enjugo con el pañuelo la frente salpicada de sudor, distrayéndome, ya que no fumo, en posar la vista en los objetos familiares que me rodean: en la muñeca de floreado kimono de crespón azul, que sobre una mesa de laca descuella al lado de una jaula de grillo y de un grupo de raros *netskés*,[1] en el *kakemono*[2] de Daikoku que sonríe bonachonamente en el fondo gris de la *tokonoma;*[3] en el exquisito Utamaro que cuelga del friso de madera; en el pino de ramas retortijadas que culmina al frente, en el enano jardinillo.

El señor Bambú anuncia que el coche está listo:

—*Basha ga kimashitá.*

Cinco horas de fatigoso rodar al través de
10 alagadizos arrozales cuya monotonía una efímera casa de papel rompe de trecho en trecho.

Llegado á la estación de Nikko, cruzo el trajinado andén que resuena con el ruido

---

1. Botón grabado de madera ó marfil para suspender la tabaquera.
2. Pintura.
3. Estrado.

bronco de las *guetas*,[1] y repantingándome en un kuruma cualquiera, atravieso el cabo de una soberbia calzada de cedros donde suena el cristalino gorgoriteo del agua corriente y recula la espesa turba de sombras apartada por la blanca linterna del kurumaya; remonto la calle principal del pueblo en cuyas aceras se alínean las mal alumbradas tiendas de *yokán*,[2] de antigüedades y de artefactos de madera, y cuando aupado por dos kurumayas más que empujan mi ligero vehículo, subo la pina cuesta en cuyo tope aparece el Hotel Kanaya, percibo el rumor del torrente, que música alegre en el día, arrullo suave en la noche, y encanto eterno de Nikko, clamorea sin reposo en su lecho de peñascos, al pie de la montaña suntuosamente vestida de cedros.



1. Calzado.
2. Jalea de ciruelas.

III

Descálzome de mis borceguíes en el umbral de la limpísima casa de papel, dirijo una rápida mirada á mis escarpines para cerciorarme de que no tienen saltado ningún punto, y precedido por la risueña *nesán*[1] que corre el ligero *karakami*[2] de dibujos de crisantemas, penetro en el salón tapizado de impecables *tatamíes*,[3] donde, en tanto se presenta la Baronesa Narita, pliégome en un cojín veranero al lado de la *tokonoma*, en cuyo fondo color de tabaco cuelga un *kakemono* con

1. Criada.
2. Tabique corredizo.
3. Esteras.

un paisaje montañoso, y sobre un soporte de laca, colocados en un vaso de bronce con supremo buen gusto, albea un manojo de lirios.

En la caliente espesura que se divisa más allá del atildado jardín, las gayas cigarras, con sus ríspidas estridulaciones, tañen la sinfonía del verano imitando una orquesta de mil jocundos salterios.

—*Yoku irashidai mashitá*, en entrando, dicen dándome la bienvenida la menuda Baronesa Narita y sus dos más menudas acompañantes, la señorita Nieve, su hija, y su sobrina la señorita Lirio, á quienes, puesto de pie, saludo á la japonesa, inclinándome hasta ponerme en escuadra, sorbiendo ruidosamente y deslizando mis manos hasta mis rodillas.

O suari nasai, prorrumpe invitándome á sentarme la Baronesa, y antes de empeñarme en la conversación, me excuso franco de
14 mi japonés que, tengo para mi coleto, debe pulir todavía mucho tiempo la señorita Ciruela, mi profesora de Tokio.

Para defenderme del calor, la señorita Lirio me tiende un abanico en forma de raqueta, que son los que se usan dentro de casa, reservándose para la calle los plegadizos, y en seguida me ofrece el té verde que la modosa *nesán* trae en una bandeja de madera

petrificada de Sendai cargada de diminutos chismes de porcelana.

—*Dozo o cha o agari kudasaimasé.*

La señorita Nieve sonríe exquisitamente, pero cada vez que la miro aparta sus ojos, oscuros y ariscos como las golondrinas.

Vuelto audaz porque la Baronesa ponderara mi habilidad en el manejo de los *hashis* al verme tomar una pastilla de menta con los dos sutiles palillos, comienzo á expresarme con menos trabajo, y animándose la plática hablamos de los hechizos de Nikko; de los templos de laca roja; de las hermosas cascadas; de que está en el pueblo el Príncipe Heredero, y cuando á Tokio le toca su turno, citamos recepciones y bailes en que nos encontráramos durante el invierno, y nombramos mutuos amigos que dispersara por los cuatro vientos el hálito ardoroso del verano.

Cuando me despido profiriendo un cordial
sayonara[1] al que las tres melífluas voces 15
contestan instándome á volver, *mata irashiai*, la señorita Nieve que como siempre esquiva sus ojos, ariscos y oscuros como las golondrinas, me invita á un paseo al día siguiente á Kirifuri, la cascada de la Bruma que Cae, donde irán también las Kurebayashis, rogán-

1. Adiós.

dome que lleve conmigo al Conde von Vedel, Secretario de Embajada, que como yo se hospeda en el hotel Kanaya.

—No se le olvide á usted, mañana, á las tres en punto en el Puente Rojo, me repite la señorita Lirio.



IV

De estribo á estribo de dos montañas cubiertas de verdioscuros boscajes de cedros, se tiende el Puente Sagrado, bajo cuyo esbelto arco de laca roja precipítase el Daiyagawa de torrentoso y trasparente cauce de jade.

Puntuales á la cita de nuestras amigas, von Vedel y yo, que nos encontramos recodados en el puente que sirve para el tráfico, pues que el Shinkio es sagrado, tanto por conmemorar el sitio donde según la leyenda cruzara el río marchando sobre dos serpientes el Santo Budista Shodo Shonín, cuanto por haber sido reservado primeramente al Shogún y después de la Restauración al Mi-

kado, admiramos la incomparable gracia de su curva, reproducida sin tasa en lacas y en tallados, en acuarelas y en fotografías, y sabedores de la veneración en que es tenido, á tal grado, que á ningún chiquillo le pasaría por las mientes la travesura de saltar por encima del enverjado que lo cierra, convenimos en que, de existir en otro país, no obstaría su carácter de sagrado para que lo atravesasen los pilletes que, en punto á obediencia, no corren parejas con los japoneses.

—¿Ve usted aquel pequeño templo rojo?—pregunta von Vedel extendiendo la mano, donde humea á todas horas un cigarrillo japonés de la marca del Golden Bat.

—Sí, le respondo, siguiendo el movimiento con la vista, es el santuario donde mora el ánima de Yeyasu.

Es un templito que yo adoro, agrega von Vedel, porque el año pasado lo frecuenté en
18 compañía de cierta señora Flor, que tenía el capricho de venir á encomendarse por la noche al espíritu del Shogún, y sonriendo á sus lembranzas, lleva á la boca el cigarrillo del Golden Bat.

Junto pasan en livianos kurumas grupos de trotamundos que rebosan de contentamiento porque han venido al Japón; pedestres de claros kimonos; chicos de cachucha

azul y listado *hakama;*[1] crinudos matalotes de carga llevados de diestro por aldeanas de ajustadas calzas obscuras, y rodando perezosamente sobre sus angostos rieles, minúsculas plataformas tiradas por cachazudos toros calzados de sandalias.

Vienen la señorita Nieve y la señorita Lirio luciendo vistosos kimonos y tocadas con rústicos sombreros de campesinas; las Kurebayashis, dos guapas mestizas, vestidas á la europea, y siguiéndolas á guisa de dueñas, dos rollizas *nesán*.

—Hélas allí, prorrumpo á la vez que von Vedel que es muy miope, asesta su monoclo hacia el grupo de las esperadas amigas, las cuales descendiendo por la pina calzada que forma una doble columnata de cedros, se acercan en dirección del Puente Sagrado.

Saludámoslas con un reverencioso *go kin guen yó*, quitándonos los gachos panamáes, y en tanto que von Vedel se empareja con Irene, la menor de las Kurebayashis, una morena de semblante malayo y ojos de tenebrosidad de túnel, que ha tenido muchos, pero muchos *flirts*, especialmente con diplomáticos por quien tiene cierta debilidad, yo me pongo á la vera de la señorita Nieve, encami-

---

1. Especie de pantalones muy anchos.

nándonos en esta guisa á Kirifuri, la cascada de la Bruma que Cae.

Apenas queda á la zaga la barraca de la escuela, avistamos el Inarigawa, cuyas márgenes están protegidas por esos largos cestos de rocas que los japoneses llaman *ishi no hebi*, ó sea serpiente de piedra, y marchando entre los grises peñascos de que el anchuroso álveo se encuentra sembrado, pasamos por endeble puente el espumoso río que vuelca sus aguas en el espléndido Daiyagawa.

A un lado culmina el montuoso y solitario peñón del Toyama.

En la opuesta orilla divísase bajo los árboles la estátua sedente y risueña del dios tutelar de los niños.

—O Jizo Sama, dice señalándola la señorita Lirio.

En tanto que cruzamos el jardín de la casa de té de los Ciruelos, y avanzamos por un
20 sendero que es un angosto túnel de follaje que resuena con el canto de las cigarras, conversando ahora con Marta, la mayor de las Kurebayashis, pues que la señorita Nieve va con la señorita Lirio, y von Vedel camina á la delantera en un *flirt* muy animado con la otra Kurebayashi, con que conversando con Marta que tiene que animar con frecuencia el diálogo que yo dejo desmayar distraído,

miro el menudo cuerpo de la señorita Nieve que es todo gracia, contraponiéndolo al cuerpo de la mujer occidental que es todo plástica; demoro mis ojos en el bello *kimono* azul de largas mangas floreado de glicíneas y en el nudo del ancho *obi*[1] esmaltado de mariposas; sigo sus pequeños pies, que cubiertos por los blancos *tabis*[2] y calzados de *warajis*,[3] marchan despacito, volviendo las puntas hacia adentro, como dos palomas cuyos picos se buscaran, y contemplo la mata de su pelo que bajo el rústico sombrero cae descogido sobre sus hombros, sintiéndome fascinado por la cascada de hebras lisas y abundosas, que es más negra que las lacas antiguas, más negra, pero mucho más negra que la tinta de China con que la mano delicada de la señorita Nieve traza sobre el papel de arroz las elegantes sílabas del *hiragana*.[4]

Pasamos de largo la O Chaya que hay á la mitad del camino, en que las *nesán* gritan 21
maquinalmente *irashiai, irashiai*,[5] y sentados en sendos cojines un grupo de nipones toman té verde.

Otros paseantes que van en *kuruma* suben

---

1 Ceñidor.
2 Medias.
3 Sandalias de camino.
4 Uno de los silabarios japoneses.
5 Venid.

trabajosamente por el ahora empinado sendero; de tiempo en tiempo un pajarillo silba en las frondas ó un gárrulo regato gorgoritea entre la maleza; mientras que, de continuo, las ríspidas cigarras estridulan en la arboleda. En el suntuoso pradal verdesmeralda que se extiende á una y otra vera, se destacan solitarios los lirios de pétalos atigrados y blanquean manojos de cándidas margaritas.

—*Watakushi no suki*, mi encanto, prorrumpe la señorita Nieve indicando un paraje esmaltado de escabiosas, y apartándose prado adentro con la señorita Lirio, tronchan los tallos de las graciosas flores de amatista.

—Hemos llegado, dice von Vedel, al ganar el tope de una rampa donde aparece un cobertizo con rústicas bancas guarnecidas de cojines de estera.

Allá abajo, en el fondo de montuosa hondo-
22 nada, retumba el doble salto de Kirifuri, la
popular cascada de la Bruma que Cae, que cuelga como una cortina de cristal en medio de dos murallas de agreste espesura.

Refrescados con un vaso de agua transparente de la dura jornada de tres millas, contemplamos todos en silencio la bella cascada que descendiendo en contacto con el áspero escobio, forma caprichosos pliegues, como

las colgaduras, no oyendo por un momento sino el ruidoso martilleo con que las espumosas aguas majan los duros peñascos.

A sugestión de la señorita Nieve que nos precede, ascendemos á un pequeño alcor que se levanta á la derecha, asomándonos al llegar á la cima á un panorama maravilloso que se despliega hasta el horizonte, de montañas, de montañas y más montañas tapizadas de aterciopelada verdura.

La señorita Nieve que ha venido á Nikko en todas las estaciones, me cuenta ahora que ese panorama se salpica de azáleas en la primavera, que en el otoño se torna carmesí con el follaje de los arces, mientras que, en el invierno, aparece cubierto de una espesa y albicante alfombra de nieve, y escuchándola, me doy cuenta de que la presencia de aquella adorable y menuda *ojo san* [1] que tengo al lado, dobla el hechizo del paisaje, poniendo con su espiritual belleza un delicado toque de poesía en aquel espléndido cuadro, y despertándome vagas y profundas ternuras que mueven las mismísimas telas de mi corazón, en tanto que la señorita Nieve no experimenta, sin duda, sino el sentimiento instintivo de su raza por los encantos de la naturaleza, y me sonríe exquisitamente co-

1. Señorita.

mo á cualquier otro interlocutor, porque por refinamiento de cortesía, durante generaciones y generaciones ha sido educada á sonreír así la mujer japonesa.

En el extático silencio que dura solamente instantes efímeros, suena la risa burlesca y sonora de Irene Kurebayashi, que saboreando la voluptuosidad ambigua del *flirt* festeja alguna buena salida de von Vedel.

A la luz de un crepúsculo sin color, el retorno se vuelve melancólico.

Al frente culmina el montuoso y solitario peñón del Toyama; en el cielo de un gris uniforme se dibujan los últimos resplandores del sol que traspusiera el horizonte montañoso, y de raro en raro interrumpe el silencio, ya una frase aislada, ya un buho que se lamenta entre la espesura, ya el gárrulo gorgoriteo de un regato que se arrastra entre la maleza.

En el sendero que es un angosto túnel de follaje donde ahora duermen las cigarras y se asilan las sombras, negrea poniendo una mancha en las mismas tinieblas el pelo suelto de la señorita Nieve.



V.

—Mi querido colega, le digo á mi amigo von Vedel que retira la silla para sentarse á la mesa, se ha cumplido el deseo de usted de comer en este rincón refrescado por el aire que entra por esas dos espaciosas ventanas.

—Ese era mi ideal desde el año pasado.

—Entonces lo felicito á usted, aunque temo que vamos á ser molestados un tanto por el sol.

—No importa, y requiriendo su monoclo para ver el menú del almuerzo, von Vedel ordena: *ichi ban.*

Al oír la orden que no significa otra cosa que *número primero*, la señorita Primavera

que espera al lado, profiere un amable *haí* ó sea sí, y trotando menudamente desaparece por entre las mesas.

En el amplio comedor entra á cascadas la luz por las tres hileras de ventanas japonesas abiertas, desde donde se divisa la suntuosa espesura de los cedros y se oye sin tregua el rumor familiar del torrente á la par que el jocundo chirrido de las cigarras.

A lo largo del friso, y casi tocando el limpio artesonado de madera de trepa, alínease cantidad de estampas que representan los treinta y seis famosos poetas cuyos retratos originales se encuentran en el templo de Yeyasu. Un aparador negro, cargado de vajilla y esquinado en un ángulo, oculta con ayuda de dos biombos la puerta de servicio, mientras que, obstando la entrada, enderézase un cancel donde, delineado con pintura negra, campea un león chino, igual á los que
26 adornan los paineles del templo de Yemisu.

Entre la muchedumbre de gente desconocida sentada á las mesas, trotamundos que llegan hoy y parten mañana, vemos las caras familiares de los de Oviedo y saludamos á los von Junker que, como de costumbre, entran rezagados; él ufano y sanote; ella con su aire de timidez.

Con sus tocados de pelo de ébano mordidos

por doradas peinetas y agitando las largas mangas de sus multicoloros *kimonos*, así una parvada de mariposas, van y vienen las risueñas *nesán* que sirven á los huéspedes, produciendo un ligero roce al deslizar en el lustroso entablado sus pequeños pies calzados de sandalias.

—¿Sabe usted? me pregunta von Vedel, en tanto que, con su exageración de buenas maneras, me pide permiso para encender un cigarrillo japonés de la marca del Golden Bat, acabo de aumentar mi colección con un nuevo *baquemono*.[1]

—Un fantasma espeluznante, me figuro; la casa de usted, mi querido amigo, debe de estar poblada de espectros, y pues de compras se trata, ¿recuerda usted esa serpiente de bronce cincelado que compró Fouquet el año pasado en la tienda de las lindas Sasamotos?

—Espere usted, espere usted, ¡ah! ya me acuerdo, una serpiente con dos manchas verdes en el dorso, que según el decir de Fouquet es única?

—Hoy por hoy le puedo asegurar á usted que hay dos cuando menos, porque ayer que visité con los Fouquet algunas casas de curiosidades, ya sabe usted que es su pasatiempo favorito, compré en la propia casa de

1. Pintura de aparecidos.

las lindas Sasamotos una serpiente de bronce cincelado, idéntica á la única de marras, hasta con las tres manchas verdes en el dorso, con la sola diferencia que yo pagué cinco en vez de trece yenes. Imagínese usted ahora la cara de Fouquet.

—Eso realmente no está mal, me contesta von Vedel, en tanto que extendiendo la mano llena su vaso de cerveza negra de Sapporo.

—Y á propósito, la señora de Fouquet me encargó que invitara á usted á almorzar mañana, á la una, creo que estarán también las de Oviedo, las Naritas y las Kurebayashis.

—Cómo son amables los Fouquet, y yo que no les he hecho todavía una visita.

La señora de von Junker, sin embargo, se pone severa, porque von Vedel y yo nos bromeamos con la señorita Primavera, la cual, no sabiendo qué hacerse, ora se pone sobre un pie, ora sobre el otro, hasta que, sintiéndose en cobro al oír que von Vedel le pide la fruta, *kudamono wo kudasai*, vuelve la espalda, y contenta de verse libre, se escapa al pequeño galope.



VI

Salvo la impresión, muy vaga por otra parte, que producen los trotamundos, desconocidos que llegan hoy y parten mañana, es bastante monótono el deslizarse de los días.

Su Excelencia von Junker que es muy, pero muy metódico, sale todas las mañanas á las 29
ocho, calada la cachucha, para volver á las nueve, repitiendo su paseo de cuatro á seis de la tarde, con tanta exactitud, que von Vedel, cuando está en el corredor, requiere su reloj diciendo:

—Las seis, von Junker que vuelve de su paseo.

La señora de von Junker con su vestido

blanco y su cinturón de seda azul, evitando encuentros, se escurre con su aire de timidez, haciendo cortas excursiones con sus hijos, unos niños rubios muy gordos. La señora de Oviedo, con su sombrero de fieltro negro y su magnífico collar de dos torces de perlas, sentada en el corredor de barandal rojo, lee sin acabar nunca la Princesse de Science ó enrolla y desenrolla su pañuelo liliputiense, en tanto que de Oviedo, que es Encargado de Negocios de una República Sudamericana, vestido de kaki y encasquetado su casco colonial gris, charla con todos contando alguna historia que comienza invariablemente:

—Cuando yo era Introductor de Ministros.......

En cuanto á von Vedel y á mí, hurgamos sin descanso las tiendas de curiosidades, cuyos objetos nos vanagloriamos de conocer personalmente, regateando con porfía, él un nuevo *baquemono;* yo alguna artística chuchería.

En el amplio comedor de limpio artesonado de madera de trepa y tres filas de ventanas japonesas abiertas, un día se presenta Su Excelencia Labinski, hablando muy despacio y muy recio.

—¿Baja Vuestra Excelencia á Tokio?

—¿Viene Vuestra Excelencia de Chuzenji?

Otro día, cabe la marquesina en cuyo cielo junta los extremos de sus alas un fénix de madera tallada, los Fisher requieren sus *kurumas* en los que también acomodan sus *fox-terriers.*

Suben á Chuzenji.

Aquí no huelga el apuntar que el ir y venir á este sitio constituye la efeméride más notable de la vida poco variada de Nikko.

Y bien, ¿son éstos los encantos del veraneo? ¿Para esto solamente se dejan las comodidades de su casa en Tokio y viénese á padecer las molestias de la vida de hotel, entre otras mil, la forzada comunidad de todas las horas que á las veces engendra odios negros por los camaradas más íntimos?

En primer lugar, en Tokio durante este tiempo el aire es irrespirable, y en seguida el encanto del veraneo radica en el cambio que es el alma misma del esparcimiento. El en- 31
canto lo forma el no escribir en la cancillería los sobados despachos que comienzan con un solemne «Señor Embajador,» «Señor Ministro» y concluyen con un meloso «Le ruego á Vuestra Excelencia que acepte, Señor Embajador,» «Sírvase Vuestra Excelencia aceptar, Señor Ministro,» etc. El encanto está en el no tener que requerir la levita porque es el se-

gundo martes de la Baronesa Fulana ó el tercer jueves de la Condesa Zutana, y en el no haber de ponerse el frac para asistir á alguna soporífera comida en la que no esperan todos para escaparse sino que se despida el invitado de mayor jerarquía. El encanto estriba, principalmente, en la vida en contacto íntimo con la naturaleza, lejos de los afanes de la capital; en marchar en medio de columnatas de cedros que forman tupidas bóvedas de follaje y en aspirar el efluvio corroborante de sus perfumadas resinas mezclado con el embriagador aroma de la tierra mojada, en tanto que suena la garrulería contínua de las cigarras. El encanto reside en el agua proteica, que halagando los ojos cuelga en cortinas, flota en flecos, se desteje en cintas y se desgrana en diamantes; en el agua sonora, que hechizando el oído retumba en las cascadas, arrulla en los ríos, gorgea en los regatos, charla en los chorros y cuchichea en las gotas crístalinas.

Al principio solo con buen tiempo, y después á despecho de la lluvia, von Vedel, de Oviedo y yo, bastón en mano, partimos á rudas caminatas de ocho y diez millas, á las que vamos, von Vedel á la vanguardia, con su monoclo y su cigarrillo del Golden Bat; de Oviedo á ratos cantando, á ratos charlando;

yo más bien silencioso; de las que volvemos empapados, sudorosos, rendidos en apariencia; pero en realidad con acopio de salud y de fuerza.

Ya trepamos á las montañas, desde cuyas cimas sembradas de lirios, divisamos bajo la lluvia, en medio de una mancha de sol, las casas grises del pueblo y el Daiyagawa de plata, que corriendo en su lecho rocoso desaparece en la lejanía bajo un mágico puente de siete colores; ya caminamos por la calzada de cedros, de hasta veinte millas de largo, mandada plantar por un *daimio* para sombrear el camino que conduce al mausoleo de Yeyasu, marchando horas y horas para ver la avenida en toda su magnificencia, y no encontrando ¡ay! sino fragmentos de la antigua columnata gótica, y á los lados, hutas miserables de sórdido aspecto, de donde sale gritando la legañosa chiquillería:

—*O hayo ijin san.*

—Buenos días, señor extranjero.

Otras veces, y von Vedel y yo nos perecemos por estos paseos, nos dirigimos con las Naritas y las Kurebayashis rumbo á alguna cascada. Mi amigo enzarzándose más y más en su picante *flirt* con Elena Kurebayashi, y yo á la vera de la señorita Nieve, que me sojuzga con sus miradas zahereñas y su son-

risa de ambrosía, vamos á Kirifuri, la popular cascada de la Bruma que Cae, porque de lejos se aparece como una gasa de niebla; ó á Urami, la cascada que se ha de ver por Detrás, para contemplar al través de su líquido cortinaje, luciendo con cintilaciones de ópalo, los siete cambiantes del prisma; ó á Somén, la cascada de los Fideos, porque su caudal remeda un fleco de blancos cordones; ó á Jakko, la cascada que se precipita formando Siete Dobleces, ó á Mákura, la cascada de la Obscuridad, porque está escondida en un negro dédalo de espesura.



VII

—*Yoi tenki de gozaimasu,* hace buen tiempo, me dice la señorita Primavera, y en efecto, aquella mañana de fines de agosto, el sol, como si enamorado de la naturaleza estuviera, le prodiga sus ardientes caricias; diáfano aparece el espacio; azul el cielo que rayan 35
aquí y allá dispersas vedijas de nubes muy desleídas. Cosa bastante rara en Nikko durante el verano, se perfilan las crestas de todas las montañas, inclusa la cónica y lejana de Nantaisán. El torrente, como de ordinario, ruge sin descanso precipitándose por la abrupta roqueda, y en el opulento follaje que se divisa desde las ventanas del comedor, las

gayas cigarras, con sus ríspidas estridulaciones, tañen la sinfonía del verano imitando una orquesta de mil jocundos salterios.

Allende el puente de laca roja, pasan los jamelgos que cotidianamente acarrean provisiones á Chuzenji y las pequeñas plataformas tiradas por pacienzudos toros que transportan las barras de cobre de las minas de Ashio. Cabe los cedros, con su cayado á la vera, cobijados con una estera á modo de capa, cubiertos con sus pajizos sombreros de embudo, vestidos de blanco, se tumban á descansar los peregrinos.

Movido por la alegría de la mañana, siento como una especie de bochorno al considerar que, no obstante mis veleidades de artista y mi permanencia en Nikko, que se ha prolongado ya luengas semanas, no he ido todavía en peregrinación á los templos, esa esplendorosa visión de púrpura que se columbra entre las sombrías columnatas de cedros.

Aunque presuponía ir solo, allá me dirijo en compañía de de Oviedo, que lleva consigo á su hijo Paquito, y de von Vedel que nos avizorara en el momento de la salida.

En el frente de las tiendas, coros de peregrinos regatean trebejos de madera labrada y laca roja donde campean el indispensable Puente Sagrado y los consabidos *san biki*

saru, ó compran el dulce *yokán* para los regalos y puñados de picante *togarashi.* [1]

Al llegar á la ancha calle que da al templo de Yeyasu, de Oviedo pregunta si será tan larga como un Dreadnaught, y para comprobarlo, procede á medirla con von Vedel, dando pasos de á yarda.

—Es más largo un Dreadnaught, observa triunfalmente de Oviedo.

—Engaña mucho la perspectiva, replica von Vedel.

Paquito, que no obstante ser un chico de ocho años, despotrica sobre asuntos graves, repite de memoria algo sobre los torpedos.

Corpulentos troncos, al descuajarse, desajustaran los peldaños de la gradería en cuyo tope abre sus esbeltas jambas un *torii* [2] de granito, cediendo el paso á un patio á cuya izquierda campea una gallarda pagoda de púrpura, que con ser de cinco techos sobrepujan en altura las espléndidas copas de los cedros.

Allí, en el cabo de esa escalinata, está la puerta Niomón, de magnífica laca roja y cinceladas guarniciones de azófar, con dos nichos donde se muestran en actitudes amenazadoras dos descomunales gigantes escarla-

---

1 Pimiento.
2 Especie de arco.

ta, el uno abierta, el otro cerrada la boca. En los topes de los pilares sobresalen enormes cabezas de elefantes y de *bakus*, los legendarios monstruos que devoran las pesadillas, mientras que, en los entrepaños ábrense sonrosadas corolas de peonías, yérguense gráciles ramas de bambú, y bajo la negrura del techo alíneanse leones, unicornios y *takujos*, las fieras que tienen el dón de la palabra.

Allende Niomón extiéndese otro patio que se acoda dos veces, guarnecido de linternas de piedra, con su copete de musgo. En los tres pabellones fronteros están guardados tesoros del templo, notándose en el dintel del último dos elefantes, cuya excelencia estriba en que tienen al revés las articulaciones de las rodillas. Ese árbol protegido por una barandilla de piedra, fué un árbol enano que el gran Yeyasu acostumbraba llevar en su palanquín, y junto piafa un palafrén que los
38 romeros regalan con diminutos platos de granos, en tanto que, en el costado de la sagrada caballeriza gesticulan los famosos *san biki saru*, los tres monos que con sus emblemáticas actitudes, predican que no se debe ver, ni oír, ni decir nada malo. Aquesa cisterna de un solo bloque de granito, cerca del *torii* negro, abrigada por un techo que adornan alados dragones, y de donde se desbor-

da el agua en manteles de transparente cristal, es la cisterna de las abluciones.

Otra gradería conduce al siguiente patio, decorado con linternas de bronce, presentes de *daimios* vasallos; con las torres del tambor y de la campana, y con candelabros, campanas y linternas enviadas por Liuchiu, Korea y Holanda, que el Japón Shogunal considera sus tributarios.

En este patio, von Vedel y yo, argüimos sobre si habríamos ó no habríamos de entrar en el Yakushi, templo del dios tutelar de Yeyasu, acabando por visitarlo, porque no lo conoce de Oviedo.

—Me fastidia esto de quitarme los zapatos, rezonga von Vedel, arrojando sobre las piedras el cabo de su cigarrillo del Golden Bat, en tanto que nos descalzamos, sentados en los fríos peldaños de laca negra.

Frisos de fénices adentro, dioses dorados,
y en el cielo un dragón de Kano Yasunobu
que, según explica el guardián, gruñe cuando se le perturba, y para probarlo, bate las manos, cuyo palmoteo hace, que por razón del eco, rechinen los dientes de la fantástica bestia.

Delante de la puerta Yameimón, los peregrinos japoneses oyen la maquinal explicación que su guía les canturrea, en tanto que

los trotamundos consultan su Murray de pasta colorada. Los blancos pilares están entallados de finos meandros, interrumpidos de trecho en trecho por medallones, en uno de los cuales lucen, al lado izquierdo, dos tigres cuyas rayas forma la veta de la madera, y que pulen, comenzando ya á desgastarlos, los pulgares de los viajeros. El pilar contiguo tiene las curvas del dibujo geométrico invertidas, con objeto de no despertar con la perfección la cólera de los celosos dioses. En los nichos de por de fuera, adornados con relieves de peonías, velan los arqueros Sadaijín y Udaijín, con sus goldres á la espalda, mientras que, en los nichos de por de dentro, vigilan los canes Ama Inu y Koma Inu. Desde el techo hasta los capiteles, abren las fauces dragones blancos y dragones dorados, entre cuyas hileras marchan grupos de músicos y concursos de sabios, prevale-
40 ciendo en todo una pompa de color y un lujo de talla, que sin embargo, no deben de haber sido sino un juego para la cepa de artistas á la que pertenecen los artífices de los *inros* [1] y los miniaturistas de los *netskés*.

Suenan las broncas *guetas* niponas en el embaldosado del siguiente patio, donde en

---

1 Cajas de medicinas.

un gabinete, á la izquierda, están contenidos los palanquines sagrados.

He ahí la puerta china Karamón, de columnas taraceadas de dragones, con arrequives en los batientes que son ramas de ciruelo, y adornada bajo el techo con sabios chinos, en tanto que sobre el dintel, se muestra el Emperador Gyo con su corte.

—En el fondo todo esto no vale nuestras catedrales, dice von Vedel, á la vez que nos despojamos de nuestros borceguíes.

—Yo tengo para mí, observo, que hay que ver las catedrales, como catedrales, y los templos budistas como templos budistas.

Paquito que tiene el débil de la política, opina que no habrá nunca guerra entre el Brasil y la Argentina.

Una estera en cuyo extremo yacen esparcidas las monedas de cobre que los devotos lanzan á la parrilla de una enorme alcancía,
lleva al oratorio, cuyas puertas talladas y 41
plegadizas rutilan de doraduras.

En el santuario shintoísta de paineles guarnecidos de *bakus*, los legendarios monstruos que devoran las pesadillas, y en cuyo friso se enhilan los retratos pintados por Tosa, de treinta y seis famosos poetas que florecieron en el reinado del Emperador Gomizu, reluce el espejo de Amateratsu y cuelgan

las simbólicas tiras de papel blanco y papel dorado, llamadas *gohei*. A cada lado hay además una antecámara: la de la derecha, destinada al Shogún, con paineles de fénices, y en el cielo el blasón trifoliado; la de la izquierda, consagrada al Emperador, con paineles de águilas y la imperial crisantema. Detrás recátase la Cámara de Piedra, de artesonado de dragones y áureo fondo de talladas peonías, en la que, sentado frente á una mesa enana, un sacerdote revestido de blanco escancia á los fieles tazas de dorado *saké*. [1]

Los peregrinos japoneses sentados sobre los talones, oyen la maquinal explicación que su guía les canturrea, en tanto que los trotamundos van y vienen consultando su Murray de pasta colorada.

Arrojado el óbolo de rigor en la tribuna que aparece á la derecha, camino de la tumba de Yeyasu, levántase una vieja de cara amojamada y formas canijas, que con una sonaja en la una mano, y en la otra un abanico, se balancea acompasadamente, agitando su indumenta blanca. Es la bailarina sagrada.

Un pequeño gato pintojo, esculpido por el zurdo escultor Hidari Jíngoro, aovíllase en el dintel de la puerta que da entrada al mausoleo, al cual se asciende por una rampa en

---

1 Vino de arroz.

zigzag de doscientos peldaños, con largos rellanos de trecho en trecho, sombreada por el baldaquino espléndido de los cedros donde algarean jocundamente las cigarras, y adornada por el musgo que guarnece la pétrea balaustrada de tupidos guardapolvos y de suaves pasamanos de terciopelo.

Frente á la tumba en forma de pagoda, ante la que están puestos una cigüeña sustentada por una tortuga, un pebetero y un vaso de lotos, todo sobrio y de bronce, me complazco en repetir el lapidario aforismo del glorioso Shogún:

—Después de la victoria, el soldado debe apretar el barboquejo de su casco.

—¿Qué tiempo pueden tener los templos de Nikko? inquiere de Oviedo, cuando descendemos la rampa para dirigirnos al templo de Yemisu.

—Al rededor de trescientos años, le con-
testo, y como habrá usted notado, siempre 43
se encuentran en obra, entablándose una lucha contínua, entre el hombre que repara y la humedad que destruye, y en cuanto al musgo que presta á todo un aire de vetustez, no le dé usted crédito, porque lo mismo verdea en la tumba del Príncipe Hitashirakawa que murió en 95 durante la campaña de Formosa.

—En el fondo, advierte von Vedel, de todo esto no es hermoso sino el sitio.

Una antigua linterna de bronce con cantidad de mellas, que desvaneciendo el encanto, le infiriera un impávido *samurai*, es la mentada linterna duende, que sobresale entre una fila de linternas de piedra á espaldas del austero santuario shintoísta de Futa Ara.

Magüer que el templo de Yemisu es más sencillo que el de su antepasado Yeyasu, su belleza está constituída, con ligeras variaciones, por las mismas puertas custodiadas por gigantes; por los propios patizuelos guarnecidos de linternas; por semejantes fábricas rojas de techos negros, arremangados como cuernos; por iguales adornos de tigres, de dragones y de fénices, en los que están prodigados pompas de color y lujos de talla, que sinembargo, no debende haber sido sino
44 un juego para la cepa de artistas á la que pertenecen los artífices de los *inros* y los miniaturistas de los *netskés*.

—Va á ser medio día, observo, deteniéndome al lado de un bello vaso de bronce verde donde se asoma un dragón, ¿quiéren ustedes que vayamos á oír sonar las doce por la campana de Magwanji?

—Con mucho gusto, me contestan.

Para ganar tiempo, aunque nos molesta
descalzarnos, subimos la tendida escalinata
del airoso templo de dos techos, y atravesan-
do el desajuareado recinto, doblamos hacia
lo que pudiera llamarse el ábside, donde,
después de pagar al bonzo, vislumbramos en
la sombra las tres gigantescas figuras seden-
tes sobre lotos dorados de Amida, de la Kwa-
nón de Mil Brazos y de la Kwanón de Cabe-
za de Caballo.

A un lado del templo se endereza la colum-
na de bronce Sorinto, erigida para ahuyen-
tar los malos espíritus. En frente, en el ca-
bo de una gradería de piedra, al abrigo de
un pabellón cuadrado de madera que ha to-
mado tonos grises con la intemperie, se des-
taca la campana que norma la pacífica vida
de Nikko.

Von Vedel señala una culebra que se des-
liza sobre un tapete de yerba, avanzando con
ondulaciones elegantes, hasta perderse de- 45
bajo de una peña.

De Oviedo se sienta con Paquito en la es-
calera, y von Vedel y yo subimos al kiosko.
Suspendida de un garfio de hierro por la
oreja que forman las cabezas de dos drago-
nes, cuelga la hermosa *tsurigané* que las au-
ras húmedas de los cedros vistieran de una
magnífica pátina verde; en la curva de su

cuerpo, que se ensancha armoniosamente, como una bella cadera de mujer, resaltan hileras de adornos salientes á manera de tachones, y en el contorno que desciende perpendicularmente, como el paño de una túnica, campea el blasón trifoliado de los Tokugawas, en medio de ideogramáticas inscripciones. A un lado pende un pesado leño sostenido con cadenas por los extremos, que al golpear el borde de la campana por el borde de afuera, la despierta de su tranquilo sueño de bronce.

La pequeña cascada que cae allende el templo, charla muy quedo, y de los cercanos bosques llega amortiguado el bullicio de las cigarras.

Vestido con su *kimono* obscuro se aproxima el viejo campanero de perfil apergaminado, sube las gradas de la escalera, le da dos ó tres palmadicas á su *tsurigané*, requiere con entrambas manos la maroma que impulsa el madero, y echándose hacia atrás lo retira con toda su fuerza.

Todo calla.

En el diáfano ambiente del medio día resuenan entonces hasta doce campanadas, cuyas vibraciones al principio rotundas, vibrantes, jubilosas, se desvanecen poco á poco en roces de alas de seda y zumbos de éli-

tros satinados, reproduciendo ese sonido muy dulce, muy suave, muy velado, que enfatizando la apacible calma mide el lento curso del tiempo.



VIII

—¿Sabe usted qué significan esas ramas de bambú adornadas con tiras de papel que hoy festoneaban el frente de las casas? pregunto cierta noche en que me encuentro sentado á la mesa con von Vedel.

—¿No lo sabe usted? me replica con asombro, no obstante que él, según supe después, hasta ese verano leyera la romántica conseja en uno de esos libros de historias japonesas, que deberían llamarse cofres de joyas del espléndido Lafcadio Hearn. En el festival de Tanabata Sama, que es hoy, continúa von Vedel, los japoneses ponen esas ofrendas en honor de dos estrellas que se encuen-

tran en conjunción en la Vía Láctea, y que al decir de la fábula son dos amantes infortunados.

Fuerza es convenir en que von Vedel fué muy suscinto en su relato, como que no tenía otro objeto que contestar á mi pregunta, y cuando más tarde me vino la idea de escribir este mamotreto, entráronme deseos de narrar á mi guisa la exquisita leyenda nipona atañedera á achaques de amor, contando cómo se prendaron uno de otro dos habitantes de las cerúleas praderas; cómo después de unidos fueron condenados á separarse porque descuidaran su boyada de silenciosos luceros; cómo los infelices esposos suspiran con febril espectación por la séptima noche de la séptima luna en que les es dado verse en el Río Celeste, y cómo en esa fecha los japoneses, dando vado á sus contenidas ternuras, se levantan de mañanita á cortar ramas de
50 bambú y recoger el rocío cuajado en las corolas de los lirios para aderezar la tinta con que escriben en fajas de papel sentimentales poemas; pero después de titubear un momento, desistí de mi propósito, porque por una coincidencia muy fácil de explicar, yo leí el cuento en el mismo libro, y por ende, rehusé vestirme con las galas, que á mí no me sentarían bien, del magnífico estilista.

Con sus tocados de pelo de ébano mordidos por doradas peinetas, y agitando las largas mangas de sus multicolores *kimonos*, así una parvada de mariposas, van y vienen las risueñas *nesán* que sirven á los huéspedes, produciendo un ligero roce al deslizar en el lustroso entablado sus menudos pies calzados de sandalias.

Afuera, en el corredor de barandal rojo, se encuentran sentadas las Naritas y las Kurebayashis, que fueran á visitar á una señora inglesa muy magra y muy peculiar que padece de insomnios.

Salidos del comedor, yo las abordo, pero no von Vedel, quien observa que le antipatiza el tipo que está con ellas, y se aleja mohino, fumando su cigarrillo de Golden Bat.

En cuanto á ese tipo es otro joven conde, muy regocijado, que se aloja desde hace días en el hotel y que sustituyera á von Vedel en el favor de la inconstante Irene Kureba- 51
yashi.

Cuando la señorita Nieve se despide, el otro joven conde y yo pedimos permiso para acompañarlas, y dejando atrás el Puente Sagrado cuya púrpura sobresale entre el sombrío boscaje de cedros, encaminámonos ribera arriba del Daiyagawa, que ruge sin descanso precipitándose por la abrupta roqueda.

A la vanguardia va Irene Kurebayashi, en un *flirt* muy animado, riendo burlona y sonoramente de los avances del otro joven conde; flirteando por deporte, por costumbre, como baila y como juega al *tennis*, demasiado segura de que no se ha de abrasar su cuerpo que tiene el humor frío de las salamandras, y consciente de todo, no obstante, como uno de esos ambiguos tipos prevostianos.

En las pequeñas *chamisés* [1] que se alínean al borde del torrente, brillan redondas linternas ornadas de ideogramas; tintinean los *zuzumushis* [2] presos en sus jaulas de miniatura; recórtanse sombras chinescas en los traslúcidos *shojis* [3] de papel de arroz, y llenando el alma de dulces tristezas una cuitada flauta vierte sus lágrimas melodiosas.

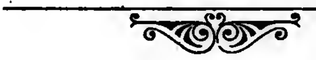
—*O hoshi sama ga kirei de gozaimasu ne,* ¿no es verdad que están muy bonitas las señoritas estrellas? me interroga la señorita Nieve.

Presa de emociones muy hondas para ser definidas, levanto entonces la vista hacia el firmamento guarnecido de estrellas, donde esa noche, que es el festival de Tanabata Sa-

---

1. Tenduchos.
2. Insecto que estridula imitando el sonido de un cascabel.
3. Tabiques.

ma tienen cita en el Río Celeste dos luceros enamorados, y volviéndome de nuevo á mi compañera, admiro en silencio y con idolatría su semblante más blanco que el marfil nuevo, la mata de su pelo suelto, más negro que el Misterio, más negro que la Desesperanza, más negro, pero mucho más negro que el Olvido; su esbelto talle cuyo donaire realza el ligero *kimono* de largas mangas floreado de glicíneas y el nudo del ancho *obi* esmaltado de mariposas; su encanto irresistible y su gracia única que solamente el Recuerdo puede reproducir con sus mágicos toques de ternura y de tristeza.



IX

El agua transformóse primero en azules y transparentes nieblas que flotaron sobre el torrentoso cauce del Daiyagawa; que se columpiaron, envolviéndolas con sus impalpables tules, sobre las colgaduras de encaje de las cascadas, y como silenciosos vuelos de 55
palomas se guarecieron en las espesas copas de los cedros; convirtióse luego en traslúcida bruma, al través de cuyo velo se adivinaron todavía las cimas de las montañas, lo mismo que en ciertos *kakemonos;* trocóse después en plúmbeas nubes como masas de humo que se aglomeraron, se aglomeraron, ocultando el techo zarco del cielo, y tornóse

á la postre en tozuda lluvia que cae sin cesar colgando en flecos cristalinos de los tejados y formando pezones en los charcos amarillentos.

—*Shikata ga nai,* me dice la *nesán* muy amable y muy fea que aliña mi cuarto, como exclaman los japoneses cuando una cosa no tiene remedio, resignándose con oriental fatalismo.

—Es verdad, le contestó, *shikata ga nai,* no tiene remedio, como al mismo tiempo que encaminando al cielo nublado la mirada de sus ojos oblícuos, me afirmara la señorita Pelota, y tomando uno de los libros que traje conmigo, diríjome sin mucho entusiasmo al corredor de barandal rojo, donde me encuentro con casi todos los huéspedes que como yo se enmohecen en Nikko, en espera de la procesión cuyo trasunto luce en una estampa apaisada sobre la pared del salón de lec-
56 tura.

Requiero mi libro en octavo de forro amarillo que resulta ser las Japonerías de Otoño de Pierre Loti, y me acuerdo, no sin ser bañado por una onda melancólica, que hace mucho tiempo, en una época en que no me imaginara al menos venir al Japón, allá muy lejos, en el terruño ahora distante miles de millas, leí con fruición ese propio li-

bro, saboreando goloso su rareza, y siempre bañado por la misma onda melancólica, ábrolo en el capítulo sobre Nikko.

¡Cuánta inexactitud! Nikko, por ejemplo, no es la necrópolis de los Emperadores Japoneses, sino una extensa comarca, en uno de cuyos parajes, eso sí, el más hermoso, se esconden los magníficos mausoleos de dos Tokugawas. Y luego, el canto de las cigarras en el otoño; no, esto es demasiado, pienso, y no obstante leo, leo sin tregua, y con la misma delicia que en la época en que no me imaginara al menos venir al Japón, las brillantes páginas de estilo límpido y rodado, semejante á una conversación muy espiritual, con dejos de fisga, me parece, del brujo escritor que con sus fantásticas pinturas de lueñes tierras engaña á la par que deleita á sus maravillados y atónitos lectores.



X

Muy trivial la procesión vista aquella mañana lluviosa de septiembre desde los pabellones aderezados á ese propósito en la ancha avenida que lleva al templo de Yeyasu.

A la vanguardia, calle abajo, se acerca la
litera sagrada, á la que siguen una rama de 59
árbol conducida por una veintena de gente, la falange de lanceros y la tropa de leones figurados por una descomunal cabeza de felino y por un tapiz manchado, debajo del cual se ocultan tres hombres, formando así un león de seis patas. Precedidos por sus espoliques, los graves sacerdotes shintoístas oprimen los lomos de sus jacas, apoyándose

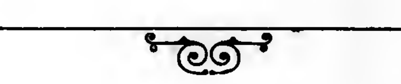
en los pesados y curvos estribos, tocadas las cabezas con unas gorras negras á guisa de copetes, y resguardados del menudo cernidillo con enormes paraguas tenidos por pedestres villanos. Les sirve de escolta un tropel de enjaezados palafrenes y un grupo de bailarinas sagradas. Desfilan luego los escopeteros, arqueros, compañías de soldados con sus cascos de cartón y sus armaduras de oropel, y, cómo se echa de ver que aquellas improvisadas legiones que marchan sin ritmo y portan las armas á su talante no están compuestas por los fieros *samurayes* de Hideyoshi que partieran á la conquista de Corea, ni por los invictos guerreros que fueran con Oyama y con Nogui á los campos de victoria de Muckden y de Puerto Arturo. En seguida vienen los enmascarados, un tambor, una campana, muchachos disfrazados de monos, y cerrando la marcha, la banda de
60 músicos que tañen sus ríspidos y desacordados instrumentos.

A la zaga de la procesión se agregan ahora los espectadores, mezclados extranjeros y japoneses, guareciéndose de la llovizna con sus paraguas de seda negra ó de amarillo papel de aceite.

Frente á la casa de la Baronesa Narita los de Oviedo y yo saludamos á la señorita Nieve

que, abrigada con un *haori*[1] azul, aguaita el cortejo detrás de los entreabiertos *shojis* de los altos de su casa de papel, y en tanto que perdido entre la turba nipona vestida de fiesta, diríjome rumbo al templo donde tendrán lugar las danzas sagradas, pienso melancólicamente en que la señorita Nieve, sin saberlo, con su espiritual belleza había bordado un sueño de oro en mi vida y puesto un delicado toque de poesía en el soberbio cuadro de Nikko, durante aquel raudo verano refrescado por las auras aromáticas de los cedros, y musicado por las dulces flautas del agua y los jocundos salterios de las cigarras.

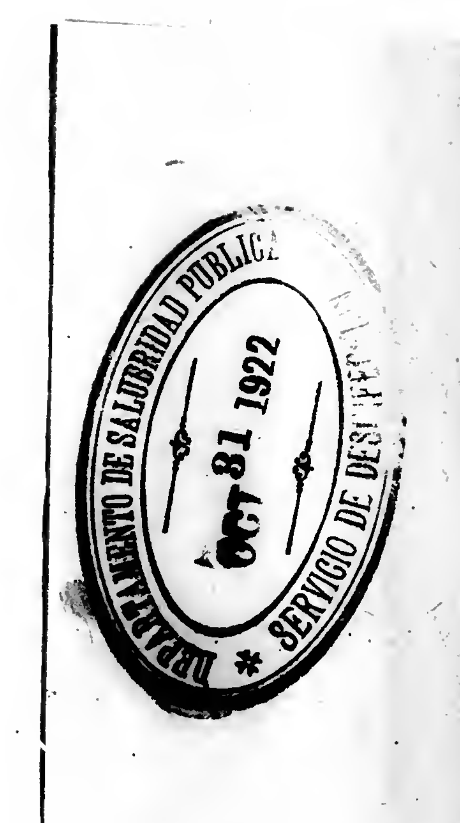
Nikko, Septiembre de 1909.



1 Especie de sobretodo.

Este libro se imprimió en los talleres tipográficos de Vda. de F. Diaz de Leon, Sucs.

1910


DEPARTAMENTO DE SALUBRIDAD PUBLICA
OCT 31 1922
SERVICIO DE DES

